

En los hechos, la columna filosófica vertebral de la epistemología económica, de la teoría del bienestar y de los principios de política económica, está fundada en un evidente escepticismo sobre la posibilidad de formular respuestas en la elección de los objetivos sociales, que supondría tender un puente entre juicios positivos y juicios normativos.

Sea como fuere, la lección a asimilar, en la que concuerdan escuelas y doctrinas, es de humildad: los juicios económicos, aun cuando aportan fórmulas útiles al mejor uso de los recursos y a la exploración de la compleja red de interacciones de los sistemas productivos, parten de una teoría incompleta y especializada que les impide convertirse en los determinantes últimos de las políticas de sociedades y gobiernos. Además, ya alcanza aceptación generalizada —al menos en el Primer Mundo— la noción de que la administración macroeconómica difícilmente puede comprometerse de manera válida a atender la multiplicidad de metas —empleo pleno, inflación baja, estabilización cíclica— que pretendería garantizar el paradigma keynesiano.

Aun reconociendo el abatimiento de demandas sobre la política económica y los economistas, el campo a desbrozar es enorme. Hay que recomenzar la tarea de acomodar creativamente los valores de la eficiencia con los de la justicia, mientras se recupera la facultad del desarrollo sostenido, dentro de los procesos intensísimos de cambio a escala planetaria y en torno de paradigmas que traen consigo disonancias flagrantes con nuestra realidad. También es inescapable remodelar el fondo la organización institucional a fin de que guarde correspondencia funcional y apoye a transformaciones y nuevas estrategias. Tómese un caso, junto con dismantelar las estructuras del proteccionismo, convendría crear otras que aseguren la absorción sistemática de nuevas tecnologías, la aplicación de métodos de alta productividad, la comercialización eficaz de las exportaciones o la armonización de las posiciones de los diversos grupos empresariales en las negociaciones foráneas.

Se trata, en suma, de tareas apremiantes de adaptación; ya se ha perdido una década y, aunque hay signos de avance en los procesos de ajuste y transformación, todavía se pagan costos elevadísimos o desperdician prometedoras oportunidades; no se acierta tampoco a distribuir cargas y beneficios con la equidad que forma el *substratum* de la genuina vida democrática. Esos, y no otros, son los problemas que hay que resolver y en torno de los cuales más debieran aportar la economía y los economistas de nuestras latitudes.

Enero de 1992

Evolución de la balanza de cuenta corriente de México

Sidney Weintraub

Muchos economistas que observan a México desde el exterior, entre los cuales se incluye el autor, están impresionados por la destreza del equipo económico mexicano. Su manejo de la economía ha pisado terreno firme. Sin embargo, deseo presentar algunas cuestiones acerca de la evolución de la balanza de pagos.

La cuenta corriente de la balanza de pagos fue positiva por 4 mil millones de dólares en 1987, y a partir de entonces ha sido negativa año tras año a una tasa acelerada. La proyección del Banco de México para 1991 contiene un déficit de 6 100 millones de dólares, o sea aproximadamente de 2.5% del PIB. Es una cifra importante, del mismo tamaño de la de los Estados Unidos en relación con la economía estadounidense. En todo caso, el cálculo anterior del déficit de la cuenta corriente para 1991 es baja. ¿Constituye esto un motivo de preocupación?

El aspecto tranquilizador de la balanza de pagos de México es que las reservas brutas han ido en aumento. Además, una vez que México comenzó a salir de la calma económica que siguió a la crisis de 1982, fue completamente normal que las importaciones aumentaran. La postura de los economistas antes de las afluencias de capital relacionados con la crisis de la deuda de la década de 1980 que lo trastornaron todo, era que un país en desarrollo como México debería tener un déficit en la cuenta corriente y por lo tanto utilizar los ahorros extranjeros en su proceso de desarrollo. ¿México ahora sólo retorna a la normalidad al absorber recursos del resto del mundo en lugar de exportarlos a países más ricos?

Yo no estoy seguro de cuál es la respuesta, y la incertidumbre estimula la preocupación. Lo que es poco claro sin un análisis preciso es qué tanto de las entradas de capital que financian el déficit en cuenta corriente y la acumulación de reservas son de naturaleza volátil. Si esta entrada de capital es susceptible de cambios bruscos al cambiar las tasas de interés, o si existe incertidumbre acerca del tipo de cambio, o incluso acerca de la continuidad de la política. Cuanto más volátil es la entrada de capital más riesgoso es el gran déficit en la cuenta corriente.

Un segundo problema que merece análisis cuidadoso es determinar qué es lo que estimula el aumento de las importaciones. México tuvo en 1988 un excedente en el comercio de mercancías. Esto se ha convertido

en un déficit como resultado de un incremento más rápido en importaciones que en las exportaciones. ¿Este aumento de las importaciones es resultado principalmente de un mayor desarrollo en México? ¿Este estímulo estimula la apertura de la economía? La elaboración de modelos de estudiante de cursos de doctorado con mi supervisión lleva a la conclusión de que la causa principal del incremento en las importaciones es el desarrollo de la economía mexicana y no la apertura de la economía. Mi alumno tiene razón, México ha pasado a un punto sin retorno. Las importaciones no se sofocarán por un proteccionismo renovado, a menos que la economía se cierre totalmente. Levantar de nuevo las barreras a la importación también actuaría obviamente como una rémora de las exportaciones. Este tipo de reversión al desarrollo desde dentro, que postulan algunas personas en México, sería costoso también en términos de desarrollo económico. Mi punto de vista es que postular este tipo de política es de un romanticismo franco; se apoya en la emoción y no en la realidad. Si el correctivo a un problema de balanza de pagos no puede ahora restringir en gran escala las importaciones, esto reduce las opciones políticas a una perturbación que tiene un origen interno o externo. La opción menos satisfactoria sería frenar el desarrollo económico. La mejor solución sería entonces continuar con la promoción vigorosa de las exportaciones; el propuesto Tratado de Libre Comercio en la América del Norte es una manera de buscar esta opción. Por esta razón considero que el TLC reviste una importancia decisiva. Cualquier resurgimiento de proteccionismo estadounidense podría producir un desastre para el desarrollo de México de acuerdo con su modelo económico actual.

Para retomar los aspectos básicos, el desarrollo económico de México ha llegado a confiar mucho en las entradas de capital. Eso significa que la política económica de México debe ser manejada con destreza para no suscitar temores en los capitalistas. Si el déficit en cuenta corriente continúa en aumento como proporción del PIB, ¿asustaría eso a los capitalistas? Esa es la cuestión decisiva. Sí podría asustarlos, y eso constituye la preocupación fundamental que se expresa aquí. Podría ser así en tanto las reservas en divisas continuaran su aumento.

¿Produce inquietud el aumento relativo en las importaciones de bienes de consumo? No estoy seguro de lo que se califica como bien de consumo y pienso que la definición cambia de vez en cuando. En todo caso, las importaciones, tal como lo informa el Banco de México, ascendieron a 10% de las importaciones totales en 1988 y a 17% en 1990. Las importaciones de bienes de consumo correspondieron aproximadamente a 30% del aumento en las importaciones entre estos dos años. El poder comprar productos extranjeros obviamente es ventajoso para el consumidor mexicano. La disponibilidad de estos bienes también tiene un efecto desalentador en los precios de los productos nacionales que

compiten con aquéllos y esto debe reducir la capacidad de buscar rentas de los oligopólicos nacionales. Pero el costo de estas importaciones en divisas limita la disponibilidad de fondos para importar bienes intermedios y de capital, a menos que las exportaciones aumenten para aportar los recursos necesarios, o si se permite que se deteriore aún más la posición de la cuenta corriente. Esto me lleva a mi primer aspecto de sí el aumento en el déficit de la cuenta corriente es causa de preocupación.

Presento esos aspectos relativos a México porque no estoy seguro de cómo interpretar los datos disponibles. En los Estados Unidos existe un problema similar. Los Estados Unidos durante la década de los ochenta también han tenido déficit consistentes en cuenta corriente que en la mayoría de los años ascienden a entre 2 y 3% del PIB. La persistencia de esos déficits es lo que ha convertido a los Estados Unidos en una nación básicamente deudora y que ahora depende en gran medida de las entradas de capital externo. En realidad me preocupan más los constantes déficits de los Estados Unidos que los de México, porque pienso que los Estados Unidos, como nación desarrollada, deberían ser exportadores, no importadores de capital. Pero este grado de inquietud relativa, mayor por la situación de los Estados Unidos que por la de México, no resuelve la preocupación por la posición de la cuenta corriente de México.

La política económica mexicana ha sido extremadamente hábil en los años recientes. La apertura de la economía ha permitido a México ver hacia afuera, a un gran mercado como motor importante para su desarrollo económico. A pesar de las deplorables predicciones de los proteccionistas mexicanos, la apertura de la economía no ha producido bancarrotas en gran escala. El déficit creciente del sector público ha sido puesto bajo control, lo cual no han podido lograr los Estados Unidos. Esta combinación de medidas ha inspirado mucha confianza al mundo fuera de México. El capital se desplaza hacia México desde fuentes extranjeras y de los mexicanos que regresan el capital que habían sacado en tiempos en que existía menos confianza.

Sin embargo existe una nube, no más grande que la mano de un hombre, que suscita preocupaciones. El peligro es que la continuación de los grandes déficits en cuenta corriente hagan que México descansa cada vez más en el capital externo, el cual puede ser veleidoso. Las reservas en divisas ahora son elevadas y llegan aproximadamente a la tercera parte de las importaciones de México, pero podrían disiparse con gran rapidez en circunstancias adversas. La finalidad de estos comentarios no es provocar alarma, sino más bien estimular los comentarios y los análisis de política para que otros me digan si mis preocupaciones son legítimas o carecen de fundamento.